

Reseñas

LÓPEZ PIÑERO, José M.^a; GLICK, Thomas F.; NAVARRO BROTONS, Víctor; PORTELA MARCO, Eugenio (1983) *Diccionario histórico de la ciencia moderna en España*. 2 vols., Barcelona, Ediciones Península (Serie Universitaria, Historia, Ciencia, Sociedad, 180 y 181), 554 + 574 pp., 1.500 + 1.600 ptas.

La fecunda tarea del grupo valenciano de historiadores de la medicina y de la ciencia, encabezados por el profesor López Piñero, en cuanto a la producción de obras básicas de consulta, se completa, por el momento, con este ambicioso repertorio biográfico de científicos españoles, o ejercientes su trabajo en el ámbito territorial del estado hispánico, desde finales del siglo XV. Hasta 20 redactores colaboran en la confección de las 816 voces que componen, por orden alfabético, el grueso de la obra, incluyéndose índices (de personas citadas, instituciones y materias) cuya autoría no se especifica. Cada entrada, luego de identificar al científico por sus apellidos y nombre, fechas de nacimiento y muerte y materias en cuyo campo fue destacable su participación, incluye un texto descriptivo de la vida y obra del mismo —con disposición, estilo y longitud variables, tanto como el número de redactores— el cual acaba con una relación de fuentes, en muchos casos citando las ediciones originales, así como la bibliografía crítica supuestamente más destacable existente sobre cada personaje, a veces comentada con brevedad.

Se configura así una herramienta de trabajo, para los interesados por la historia de las ciencias en España, de carácter bien novedoso (piénsese que los repertorios biográficos nacionales, como la *Biographie Nationale* belga, la *Neue Deutsche Biographie*, el *Oesterreichisches biographisches Lexikon* o el *Dizionario biografico degli italiani*, suelen incluir todo tipo de personalidades relevantes, habitualmente con perjuicio para los científicos), la cual será considerada, inevitablemente, como expresión del nivel que el cultivo de dicha disciplina haya alcanzado en nuestro país.

Para hacernos una idea cabal del contenido de este *Diccionario* nos parece que los más apropiado es analizar, según los parámetros que a continuación indicamos, la distribución de las voces. En función del siglo de nacimiento de los científicos estudiados, encontramos 28 científicos del siglo XV, 200 del siglo XVI, 117 del siglo XVII, 198 del siglo XVIII, 227 del siglo XIX y 12 contemporáneos (la suma, 782, se explica porque no hemos considerado las voces que tienen más de un firmante).

La distribución por materias, según el listado de las 28 principales que marca la introducción del *Diccionario*, nos ofrece los siguientes resultados: Medicina (264 voces), Química (84), Matemáticas (75), Geografía (74), Astronomía (65), Botánica (61), Ingeniería (59), Historia Natural (58), Náutica (50),

Anatomía (47), Metalurgia (42), Física (40), Filosofía Natural (34), Agronomía (31), Fisiología (31), Mineralogía (31), Farmacia (29), Historia de las Ciencias (29), Geología (27), Cartografía (22), Divulgación científica (22), Veterinaria (22), Zoología (20), Histología (14), Astrología (12), Microbiología (8), Geodesia (3), Alquimia (2).

Por lo que respecta a los autores, el más prolífico es el propio López Piñero, quien, con un 25 por 100 del total de las entradas, suministra el máximo de voces para los siglos XV, XVI y XVII, siendo segundo en el cómputo para el siglo XIX, tras E. Portela, el cual es, a su vez, el segundo autor más prolífico, con una participación superior al 18 por 100. Para los siglos XVIII y XX es primero T. Glick, aunque en el cómputo total ocupa la cuarta posición, con el 14,5 por 100 de voces, tras los dos mencionados y V. Navarro (14,7 por 100). Entre los cuatro autores citados están redactadas las tres cuartas partes de las voces del *Diccionario*, alcanzándose el 90 por 100 con la inclusión de C. Carles (7 por 100), F. Bujosa (6 por 100), U. Lamb (3 por 100) y F. Balaguer (3 por 100). Todavía con participación superior al 1 por 100 colaboran otros tres autores, S. Garma, R. Moreno y R. Ballester, mientras los ocho restantes firman sólo entre 2 y 5 trabajos cada uno (A. Rey, J. Barona, M.^a J. Báguena, R. Keith, J. L. Fresquet, B. Beddall, D. Beck y M.^a L. Terrada). Hay, además, un redactor que únicamente firma (y en colaboración) una voz (T. Niehaus). Aplicando a la distribución por materias el criterio secundario de la personalidad de los firmantes, obtenemos la siguiente imagen: López Piñero es el máximo contribuyente en los temas de Medicina, Anatomía, Fisiología, Microbiología e Histología y, junto con C. Carles, en Botánica, Zoología e Historia Natural; Víctor Navarro asume la mayor parte de voces de las materias Astronomía, Astrología, Física, Filosofía Natural, Geodesia y Matemáticas; Eugenio Portela se ocupa preferentemente de Geología, Mineralogía, Farmacia y Metalurgia; T. Glick, de Agronomía, Divulgación Científica y Geografía; Lamb, de Cartografía y Náutica; Emilio Balaguer de Veterinaria; Portela, Navarro y López Piñero se reparten las voces de Ingeniería y, con el añadido de C. Carles, las de Historia de las Ciencias (en todos los casos se señalan los autores individuales, o grupos de autores, con porcentajes superiores al 50 por 100).

Por lo que se refiere a la calidad de las distintas colaboraciones, está claro que responde con fidelidad a la biografía de los redactores, de modo que destacan las voces firmadas por López Piñero y Víctor Navarro.

Puede comprobarse, entonces, que el núcleo productor asienta en la Cátedra de Historia de la Medicina de Valencia, con el importante añadido de los americanos Glick y Lamb; el profesor Balaguer, como se sabe, en la actualidad catedrático en Alicante, procede profesionalmente del centro valenciano y puede que formara parte del mismo en el momento en que se trazara el proyecto de realizar esta obra, premiado, según se nos indica en la introducción, con una beca de la Fundación Juan March. El resultado, pues, inscribese, en lo bueno como en lo menos bueno, en el cómputo del grupo de Valencia, del que no puede decirse que haya utilizado la ración de generosidad que correspondería a un trabajo que toma su modelo del *Dictionary of Scientific Biography* dirigido por Gillespie.

Esta composición del equipo redactor puede advertirse sin más que leer la relación de participantes que aparece en las primeras páginas, salvo por lo que respecta al peso de cada autor. Particularmente notorio es el caso Carles, pues se trata de una redactora de la que se cita, en todo el *Diccionario*, un único trabajo historiográfico: su tesis de licenciatura de 1977, sobre la obra pediátrica de J. Soriano (fl. 1598). Mas a pesar de la selecta atención que recibe la historia de la medicina en este repertorio y del peso en el mismo de esta autora, con una línea de investigación acerca de la medicina infantil (en realidad, dos autoras, pues Rosa Ballester también se inició en esa temática), el problema más descuidado (absolutamente debería decir) es el de la Pediatría española contemporánea, del último cuarto del siglo XIX y primer tercio de éste. La propia Carles pasa como sobre ascuas, en la voz «Benavente» por los orígenes de esta especialidad en España, mientras que nombres como los de Ulecía Cardona, Tolosa Latour, Martínez Vargas, Vidal Solares o García-Duarte Salcedo, entre otros y no solamente por su obra pediátrica, merecerían la misma atención que un «Lope de Deza» (autor de una obra de agronomía en 1618 de la que, a juzgar por lo que cuentan de ella T. Niehaus y T. Glick, se desconoce su trascendencia por encima de la anécdota).

Cierto es que, en lo tocante al ser y al estar, nunca puede encontrarse, o muy difícilmente, el equilibrio en obras complejas y ambiciosas como ésta que comentamos, pero tampoco parece haber excusa para la ausencia de entradas referidas a un Joaquín Villalba o a un Felipe Hauser. Aportaciones recientes a la gestación del movimiento novator, tan caro a López Piñero, no han sido tenidas en cuenta, de modo que no hay una voz «Juan del Bayle» (Gago, Olagüe, Carrillo (1981) *Bol. Soc. Esp. Hist. Farm.* 31-32, 95-107). Se nota y es exclusivamente una intuición lo que voy a exponer, una cierta rigidez en lo tocante al empleo de literatura crítica, que no me atrevo a llamar obsolescencia por falta de pruebas contables, pero ¿a qué puede achacarse que la voz «Aréjula» no cite ni un solo trabajo posterior a 1974, teniendo Carrillo y Gago intensamente estudiado este personaje entre 1975 y 1980, o que en «Torres Quevedo» no figure la referencia al trabajo de García de Santesmases publicado en 1980, o que para «Seoane» se acaben las referencias en 1968? No parece haber artículos citados procedentes de *Llull* salvo los propios de los redactores de las voces. Luego, existen algunos hechos desconcertantes en este terreno de la literatura manejada por los artífices del *Diccionario*, que sorprenden por la profesionalidad de los firmantes. Por ejemplo, discutir las tesis ofrecidas en un artículo de 1981, precisamente publicado en *Dynamis*, porque contradicen las afirmaciones del autor de la voz «Luzuriaga» (López Piñero) ¿era ése el lugar idóneo para polemizar o no hubiera sido más lógico enviar una réplica a la revista donde se publicó aquél? Por ejemplo, ensalzar la biografía que de Betancourt ha publicado Rumeu, sin advertir su carácter casi facsimilar respecto de la anterior de Bogoliukov, de la que V. Navarro escribe que atiende con preferencia «al periodo ruso» de la carrera del ingeniero canario. No menos extraño es que, desde 1978, en *Investigación y Ciencia* (edición española de *Scientific American*), López Piñero firma una sección fija, bajo el título genérico de «Hace ...», en la que se ha publicado la información contenida en muchas de las voces del

Diccionario firmadas por el mismo López Piñero («Arceo», «Achúcarro», «Martínez Molina», «Simarro», «Laguna ...», a veces en colaboración, como «F. de Azara» o «Malaspina»), por C. Carles («Castellarnau», «Gómez Ortega» ...) o E. Portela («Fioravanti», «Montserrat y Riutort»), sin que aparezca como referencia secundaria en ninguna de ellas. En muchos casos, el *Diccionario* reproduce textualmente el contenido de esos «Hace ...», a veces con leves translocaciones.

Una objeción global que merece esta obra es la ausencia de un director. Que se sepa, según la portada, tiene cuatro autores, y según la introducción, 20 redactores. El resultado adolece de fallos de coordinación importantes, como, por ejemplo, que no se respetan en el texto los acuerdos iniciales para denominación de materias (aparecen, con frecuencia elevada, nombres como «minería», «instrumentación científica», «ingeniería civil» o «cirugía», no previstos), o que se escriben con notación abreviada repertorios (Elias de Molins, Torres Amat) no citados en la lista de cabecera. Hay errores en los índices que no debieran existir, como, en el índice de la disciplina «Cirugía», un «Larringa», que debiera ser Larrinaga y un «F. Velasco» del que no hay constancia en el texto, o el grueso error de alfabetización que convierte a Simón de Rojas Clemente en Simón de *Rojas* Clemente (error tal vez achacable a la nacionalidad del firmante de la voz correspondiente). Por último, se nota la incomunicabilidad entre los distintos redactores, puesto que puntos o problemas levantados en voces ajenas no son tratados en las que correspondería.

Todo esto nos sitúa ante la pregunta decisiva: ¿cumple este *Diccionario* una función de suministro de información básica para el investigador? La respuesta es sí, pese a que no está *todo* la información que se puede poseer en 1983, y siempre que se emplee con la cautela que merece un repertorio general con un tan notable sesgo de escuela. Muy útil, desde luego, como «alta divulgación» para un público culto pero no especializado.

ESTEBAN RODRÍGUEZ OCAÑA

PRICE, Robin (1983) *An Annotated Catalogue of Medical Americana in the Library of the Wellcome Institute for the History of Medicine*, London [Publications of the Wellcome Institute for the History of Medicine. Catalogue Series Amer. I], XIX + 319 pp., ilustr., ind. (no consta precio).

Para los historiadores de la medicina el Instituto Wellcome de Londres se ha convertido en un lugar obligado para el estudio y la investigación. Ello viene justificado por la riqueza de sus fondos en libros, revistas y manuscritos de todos los tiempos y culturas, la quietud y eficacia de sus instalaciones, así como el haberse ido transformando en un centro vivo de investigación y transmisión de conocimientos, gracias a la presencia de bibliotecarios, profesores, investigadores, becarios y estudiantes. Uno de los instrumentos fundamentales de trabajo que hace posible el manejo de sus ricos fondos, es la serie de sus